

cerlo, sabiendo que una derrota equivale á la muerte!... Su entusiasmo de artista le hace admirar la belleza de unos cantos que ningún hombre sabrá repetir. El carácter sobrenatural del enemigo proporciona cierto consuelo á su orgullo. Sólo «Juan sin Ropa», sólo el Diablo, ha podido superarle.

Cuando termina el cantor misterioso, se hace el silencio. La gente, conmovida por la admiración y el miedo, baja la cabeza. ¡Santos Vega ha sido vencido! Imposible negarlo... El gaucho payador, siempre noble, es el primero en reconocerlo así. Dirige una última mirada de ternura á la «prenda», que no puede explicarse la derrota de su poeta. Se despide con los ojos del tropel de rudos jinetes y taciturnos pastores, que durante tantos años vieron en él á un héroe. ¡Adiós, amigos! Santos Vega no debe sobrevivir á su vergüenza. ¡Adiós, gloria! ¡Adiós, vida!

Santos Vega se va á hundir  
en lo inmenso de esos llanos...  
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,  
el momento de morir!

Y saltando sobre su caballo, huye veloz para perderse en la llanura infinita. Nadie le verá más. Algunas noches los pastores creen reconocerlo en un jinete sombrío que galopa bajo la fría luz sideral, la rienda suelta sobre las crines de la cabalgadura y una guitarra terciada en la espalda. ¡Error! ¡Ilusión! Tal vez sea el alma del canoro gaucho, que vaga por los lugares donde en otros tiempos conoció á su «prenda»; pero Santos Vega ha muerto: lo mató el payador infernal, «Juan sin Ropa» hecho poeta.

¿De dónde vino este enemigo irresistible para vencer al glorioso cantor? De donde viene todo lo que es impiamente poderoso, todo lo que acaba con lo antiguo: de la ciudad, de la lejana ciudad, que se extiende avasalladora hasta suprimir el gaucho y dominar la llanura.

«Juan sin Ropa» es el espíritu argentino de las urbes, el demonio sabio, con todos los poderes y refinamientos de la civilización, que vence al ingenuo hombre del campo apenas lo tiene frente á frente, en singular combate. Y el gaucho, noble, reconociendo su inferioridad, se da por derrotado y se aleja para morir oscuramente.

Tal es el símbolo de la leyenda de Santos Vega.

\* \* \*

Las llamadas Misiones Jesuíticas fueron una de las manifestaciones más originales de la vida colonial en los territorios del Río de la Plata.

El gobernador Hernandarias, que deseaba fomentar pacíficamente la cultura entre los indios, y al mismo tiempo era gran devoto de los jesuitas, les confió el encargo de colonizar y gobernar una provincia.

En 1586 llegaron á esta parte de la América del Sud los primeros jesuitas. Como venían del Perú, se establecieron al principio en Salta, y luego pasaron á Córdoba, fundando allí un gran colegio, del que partieron los misioneros para recorrer el país argentino. En 1610 trasladáronse al Paraguay, y luego de siete años de infructuosas tentativas, fundaron sus primeras parroquias ó «reducciones» en la provincia llamada de Guayrá. Estas, después de muchas vicisitudes, llegaron á ser con el tiempo unas treinta, extendidas en los territorios del Norte argentino, á orillas de los ríos Paraná y Uruguay. Cada parroquia ó reducción tenía unos 3.500 habitantes. Yapeyú, que fué la capital de las reducciones, llegó á poseer 7.000. Se



LAS MISIONES JESUÍTICAS (Grabado antiguo).

calcula que á mediados del siglo XVIII, cuando los jesuitas fueron expulsados de los dominios españoles, la población en masa de las Misiones era de 150.000 individuos.

Estos pueblos presentaban todos ellos un tipo uniforme. Exteriormente estaban defendidos con fosos, empalizadas y tapias, por miedo á los indios salvajes y á las expediciones de los portugueses del Brasil, especialmente los llamados *mamelucos*, que causaban grandes estragos. Las puertas de la población quedaban cerradas con llave, que guardaban los jesuitas, y nadie podía entrar sin su permiso. Los Padres de la Compañía habían dado á las Misiones una organización militar. Tenían cañones, abundantes fusiles y oficiales instructores traídos de Europa, que todos los domingos enseñaban á los jóvenes el manejo de las armas en la plaza del pueblo. Esta plaza, igual en todas las reducciones, tenía á un lado la iglesia y el convento de los jesuitas, y en las otras tres caras, los depósitos y graneros. Los naranjos dábanla sombra, así como á las calles, que eran estrechas, con casitas bajas, de escaso mobiliario. Las mujeres hilaban y tejían el algodón; pero, generalmente, no sabían coser. Los encargados de este trabajo eran los músicos y sacristanes, indios más avisados que los otros, y que trabajaban menos por correr con los servicios del templo y de los religiosos.

La gente de las Misiones andaba vestida muy á la ligera, por efecto del clima y de la sobriedad de su existencia. Las mujeres llevaban un simple *tipoy* ó sábana atada á la cintura, y los hombres unos pantalones, chaqueta y gorro, todo de algodón, burdamente tejido en la casa. Las reducciones aparecían como pueblos civilizados, si se las comparaba con las tolderías de indios salvajes; pero, en realidad, presentaban un aspecto de sórdida miseria.

Todo el lujo y la riqueza concentrábanse en el templo y en las procesiones. Las imágenes estaban siempre entre grupos de luces y adornos de ricas telas. El incienso, el órgano y el centelleo de las piedras preciosas mantenían á los indios en una embriaguez mística cuando descansaban el domingo, luego de una semana de trabajo en el campo. Ninguno de ellos entendía gran cosa de las predicaciones de los sacerdotes y los misterios de la religión, pero admiraban como seres sobrenaturales á los jesuitas, que se les aparecían en las fiestas con dalmáticas y capas cubiertas de oro.

Varias veces tuvieron que cambiar las Misiones de sitio por miedo á los indios salvajes, y más aún por alejarse de la vecindad de los portugueses. Los *paulistas* (habitantes de la provincia de San Pablo) asaltaron y robaron las reducciones en distintas épocas, llevándose á sus habitantes como esclavos. En 1631 fué tan general la destrucción, que los jesuitas, huyendo de la proximidad de San Pablo, bajaron á las riberas del Paraná, esparciéndose por el actual territorio de Misiones.

Los treinta pueblos que fundaron tenía cada uno un Padre de la Compañía al frente, que desempeñaba funciones de gobernador, juez, administrador de los bienes de los súbditos y guía espiritual. Cada familia recibía en usufructo un pedazo de tierra para sacar de él su

alimentación. Además, tenía el deber de trabajar dos días á la semana en el cultivo del «Campo de Dios», título dado á las tierras de propiedad de la Orden. La familia que obtenía una gran cosecha, debía entregar el excedente al granero público. Éste mantenía á los imposibilitados, enfermos, viudas, etc.

Los jesuitas vendían, por intermedio de sus casas en Santa Fe y Buenos Aires, los productos de sus campos y de su fabricación: hierba mate, azúcar, tejidos, algodón, etc., y adquirían para los súbditos artículos útiles de procedencia europea. Moneda, jamás la veían los indios, pues era considerada por sus directores como una incitación al pecado.

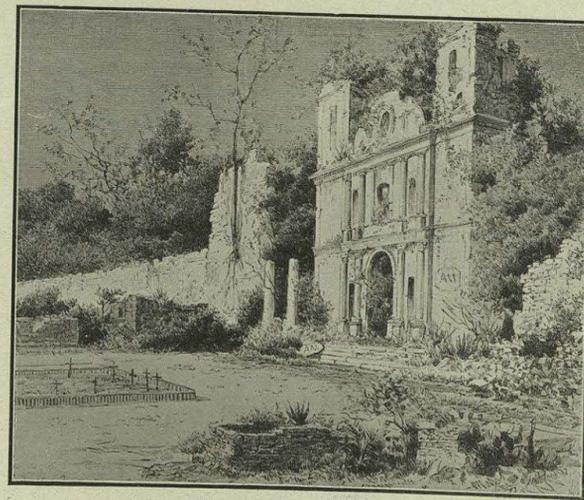
La vida del indio manso de las reducciones era dulce, pero en extremo aburrida y falta de libertad. Todo estaba regulado, reglamentado y previsto. El individuo era un autómeta, y la familia una ficción moral. El indio veíase tratado como un «niño grande» y el jesuita procuraba mantenerlo en esta situación de plácida estupidez. Al nacer, tomábalo el sacerdote de la mano para no soltarlo hasta la muerte, interviniendo en todos los actos de su existencia. Hasta lo vigilaba en las intimidades de la vida conyugal. A los cinco años, el niño dejaba de pertenecer á sus padres: los jesuitas se encargaban de él; era de la comunidad, que se cuidaba de su educación. Esta consistía en aprender el catecismo y un oficio. La enseñanza era en guaraní.

En todo el territorio de Misiones sólo los jesuitas hablaban el castellano, cuidando escrupulosamente de que ningún indio aprendiese el idioma nacional. De este modo conservaban á los indígenas en forzoso aislamiento, sin contacto con los otros pueblos. Sólo á muy pocos les enseñaban á leer y escribir, para que llevasen la contabilidad; pero hasta esto lo hacían en guaraní, que era la lengua corriente. El castellano estaba proscrito, y los jesuitas no hablaban á sus súbditos de los reyes de España y de las autoridades coloniales. Los pocos libros que se imprimieron en las Misiones, todos ellos religiosos, estaban escritos en guaraní.

La vida de los pueblos era á toque de campana, como la de una comunidad. Un horario fijaba, minuto por minuto, lo que debía hacer cada individuo. Los hombres iban al trabajo y volvían de él en procesión, siguiendo á una imagen llevada en andas, al son de la música. La fertilidad del suelo no exigía grandes esfuerzos para recolectar buenas cosechas. La nutritiva mandioca, de tan exuberante producción, mantenía con holgura á los pueblos.

El sacerdote arrebataba los matrimonios sin consultar á los novios, y se mezclaba en todos los actos de la familia. Los indios más habilidosos eran groseros escultores, pintores de imágenes y músicos sagrados. A esto se reducían las artes en las Misiones jesuíticas. Los imagineros, cantores, sacristanes y escribientes, todos ellos indios de lengua guaraní, formaban en torno de los Padres una especie de estado mayor de soplones y aduladores, que vigilaban á sus hermanos de menos categoría, dedicados á las rudas labores del campo.

La dominación jesuítica no se ejerció únicamente en las «reducciones». Llegó hasta Asunción, in-



LAS MISIONES JESUÍTICAS. RUINAS DE SAN IGNACIO

terviniendo en la vida del Paraguay, hasta el punto de que el pueblo se sublevó dos veces contra ella. Cuando el obispo Cárdenas púsose enfrente de los jesuitas, la gente lo siguió en este empeño. La lucha entre el prelado y la Compañía de Jesús tomó tales caracteres, que se extendió hasta Corrientes como una guerra civil y estuvo próxima á revolucionar toda la gobernación de Buenos Aires. Pero el gobernador, partidario de los jesuitas, apagó la protesta popular, entrando en la Asunción al frente de las hordas de catecúmenos de las reducciones, armados para el caso por los Padres de la Compañía.

A principios del siglo XVIII se reprodujo la protesta contra el jesuitismo, con el fogoso Antequera, fundador del partido de los «Comuneros del Paraguay», agrupación semejante á la de los Comuneros de Castilla. Todo el país se levantó contra los jesuitas, que bajo la apariencia de propagar «una semicivilización artificiosa», tiranizaban el país. Pero la autoridad real protegió á la Compañía, y apoyada en las bandas serviles de los indios de las reducciones, venció á los comuneros, pereciendo los jefes de éstos en el cadalso. Muertes, cárceles y destierros dieron fin á la protesta, sosteniendo los representantes de la metrópoli hasta el último instante á unos sacerdotes que proscibían de sus dominios el idioma español.

Las Misiones no fueron, en realidad, más que un obstáculo opuesto al desarrollo lógico de la conquista y de la civilización con todas sus consecuencias. La tendencia del jesuita era aislar la influencia española para aumentar con esto la de su Orden, haciendo prevalecer sobre el elemento peninsular el elemento indígena, semibárbaro y subordinado á un gobierno eclesiástico.

Cuando Carlos III expulsó de sus dominios á la Compañía de Jesús, las Misiones se perdieron rápidamente. Los jesuitas no habían creado pueblos, sino escuelas de párvulos, á las que asistían los indios como «niños grandes». Por esto, al desaparecer el dómine que los guiaba con el cántico en los labios y la palmeta en la mano, los indios se dispersaron y los edificios derrumbáronse en ruinas. Los cuantiosos bienes de la Compañía fueron aplicados por la autoridad colonial á fines de educación y beneficencia públicas.

## V

### EL VIRREINATO Y LA INDEPENDENCIA

La gobernación de Buenos Aires estuvo sometida, hasta 1776, al enorme virreinato del Perú, que abarcaba todas las posesiones españolas de la América del Sud.

Durante siglo y medio, los encargados de este gobierno, el más alejado de la metrópoli, sólo tuvieron una preocupación: perseguir el contrabando (cuando no se dejaban sobornar por los contrabandistas) y batir á los portugueses, que se habían establecido en la margen oriental del río de la Plata, frente á Buenos Aires.

Primeramente ocuparon la pequeña isla de San Gabriel, junto á la Colonia del Sacramento, y luego se fijaron en la misma Colonia, estableciendo, bajo el amparo de sus cañones, un puerto franco, al que iban á proveerse ocultamente los mercaderes de Buenos Aires.

El gobernador español Don José de Garro, apodado «El Santo», por ser hombre muy justo, no podía sufrir esta vecindad, y en 1680, con trescientos porteños y gran número de indios, tomó por asalto la Colonia, quedando prisionera la guarnición. Esta fué la primera hazaña militar que se conoce de los argentinos; su más remota guerra internacional, de la que salieron vencedores.

La Colonia fué devuelta varias veces á los portugueses, en virtud de tratados diplomáticos. Felipe V, para atraerse al Gobierno de Portugal, se la cedió en 1701; pero al declararse éste contra él, ordenó al gobernador de Buenos Aires que recuperase la plaza, y el gobernador, al frente de las milicias de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes y de 4.000 indios misioneros, la tomó por tierra, obligando á la guarnición á embarcarse. El tratado de Utrech (1719) devolvió la Colonia de Sacramento á los portugueses, que, durante algunos años, sostuvieron desde ella el contrabando en el río de la Plata.

El gobernador de Buenos Aires, Don Bruno Mauricio Zabala, hombre enérgico y activo, que unió á su gobierno el del Paraguay á consecuencia de la revolución de los Comuneros, hizo frente á los avances que intentaban los portugueses en las riberas del Plata. Contuvo á



SOLDADOS DE LA EXPEDICIÓN DE DON PEDRO DE ZEVALLOS (De un grabado de la época).

los de la Colonia en su contrabando, persiguiéndolo con medidas severísimas, y en 1726 fundó la ciudad de Montevideo, expulsando á los lusitanos, que pretendían fortificarse en este punto para crear un nuevo centro de defraudación. De este modo nació la ciudad que había de ser el segundo emporio del Río de la Plata.

Aunque España y Portugal se aliaban algunas veces en Europa por exigencias de la política, españoles y portugueses odiábanse y se combatían en las márgenes del gran río. A mediados del siglo XVIII, hizo su aparición en la historia de la América del Sud Don Pedro de Zevallos, último grande hombre de la colonización española. Su carácter brilló como una postera llamada del alma de los conquistadores. Experto militar, hizo que la Colonia se rindiese por capitulación, y tomando la ofensiva contra los portugueses, reconquistó el Río Grande, invocando para ello el antiguo tratado de Tordesillas. Pero la paz llamada de París devolvió otra vez la Colonia de Sacramento á los portugueses en 1763. Esta paz no fué duradera: volvieron á romperse las hostilidades entre España y Portugal en 1776, y entonces el Gobierno de Madrid decidió acabar de una vez para siempre con las enojosas cuestiones del Río de la Plata.

Para ello se creó el virreinato de este título, entrando en él las tres gobernaciones de Buenos Aires, Paraguay y Córdoba del Tucumán, á más de las provincias del Alto Perú y Cuyo. El primer virrey fué el mismo Don Pedro de Zevallos, experto conocedor del país. Zevallos salió de la península al frente de 9.000 hombres y 119 buques, la más grande expedición que se había presentado hasta entonces en el río de la Plata. La primera noticia que tuvieron en